

TAYLOR S.



Noches de  
vendaval

Noches de vendaval

**Taylor S**

# CAPÍTULO 1

---

## I

El cielo se vistió de incertidumbre mientras una explosión de tonos naranjas y rosas lo decoraban de esa manera tan única con la cuál el día comenzaba en aquella isla.

Los minutos pasaban con lentitud frente cada pincelada que ofrecía aquel amanecer al encargarse de ocultar la luna y acunar el sol en los fuertes brazos del mar.

Era como si aquella mañana el cielo hubiese decidido mostrar sus mejores galas y con toda la elegancia que lo cubría en perfección, seguía aquel baile hipnotizante que era acompañado por los timbales que las olas no dudaban en reproducir por todo el lugar.

Era la escena perfecta para que miles de pensamientos volvieran del exilio al cuál se los solía derivar ante la rutina diaria y aparecieran a la vista de todos como tímidos recuerdos profundos y sonrisas sin sentido.

Sin embargo, ante aquella pintura coloreada entre rojo, naranja y rosa; la chica de cabellos oscuros solo pudo lanzar un lánguido suspiro por la forma en que sus pensamientos la atacaron frente a una tormenta inconstante de escenas que ella deseaba dejar en lo más profundo de su ser.

Así fue cómo entre los acordes de aquella melodía naciente, ella solo pudo refractar el calor que aún se agolpaba en cada centímetro de su ser mientras la pasión no dejaba de aprisionarla contra la pared una y otra vez frente a los retazos de lo que había sucedido aquella noche.

Las sábanas blancas habían sido testigos de tantos momentos como los que recorrían su mente, pero Julia estaba segura de que a pesar de todo, éstas no dejaban de sentir el deleite y la magia que era transformar dos cuerpos en uno solo.

Suspiró exasperada ante el poco control que tenía frente a sus recuerdos,

lo cuál la dejaba en una encrucijada donde debatían su seguridad y su fortaleza.

Con el miedo carcomiendo sus labios, pasó tímidamente su mano sobre sus cabellos en un intento de lograr adquirir nuevamente el control de la situación, ya que a pesar de todo, la morena siempre se había considerado una persona fuerte, de esas que no podían flaquear ni derrumbarse.

Ella no dudaba en definirse bajo la palabra seguridad, pero realmente la chica de largos cabellos superaba con creces aquella definición y entre su cuerpo cincelado por el sol ardiente del caribe, sus cabellos oscuros y rebeldes que iban a juego con unos grandes ojos del color de la noche, y su inteligencia innata había logrado ser casi una leyenda frente a todas las personas que lograban conocerla.

Julia no necesitaba de halagos para saber cuánto valía, ni menos se emocionaba cuando era el centro de atención con solo caminar porque para ella aquel acto era simplemente algo totalmente normal en una mujer como ella.

Se había acostumbrado tanto a controlar todo lo que la rodeaba, desde los suspiros perdidos que salían de las bocas infames de las personas al verla, hasta lo que su corazón podía llegar a sentir, que sintió un fuerte dolor en su pecho al darse cuenta que no podía controlar qué memorias se presentaban ante el nuevo amanecer y cómo la afectaban más de lo que ella se atrevería algún día a confesar.

Es por eso que con el ceño fruncido y su ropa interior danzando entre las leves brisas del mar se dirigió hacia su chaqueta por unos cigarros en un intento de resguardar bajo llave aquellas ideas que se escapaban de su limitado perímetro de conciencia.

La morena sacó a la defensiva uno de los tres cigarros que aún le quedaban en su prenda y no dudó en prenderlo en un ritual lleno de elegancia y dominación que solo ella podía lograr sin ningún tipo de pauta. Con suavidad sus labios tocaron el cigarro invitándolo a involucrarse con las palabras que jamás diría y sus pensamientos no dudaron en mezclarse con las primeras caladas que se esparcieron en el aire bajo el nombre de una mujer.

Solo necesitó de unos segundos para que sus sentidos se perdieran ante el constante recuerdo de su cuerpo siendo alabado por las manos voraces de aquella rubia.

Aquellas manos estaban deseosas por poseerla y por primera vez en mucho tiempo, la chica de grandes ojos oscuros no fue capaz de mostrar algún

tipo de control en esas emociones que iban más allá de su cordura.

Su piel fue recorrida capa por capa entre el dulce sabor de palabras que la excitaban y la amarga sensación de que no era capaz de pensar en nada más que la efervescente locura con la cuál su sentido común había decidido alinearse.

El tacto fue reemplazado por delicados besos que tenían la habilidad de quitar cada pétalo de perfección que peregrinaba en el cuerpo de la morena y con una cálida lluvia de besos húmedos, Julia ya se encontraba maldiciéndose infinitas veces por no resistir la tentación de caer rendida una y otra vez bajo los brazos de la ojiverde.

Pese a que, aceptar el talento que cubría a su acompañante cuando la luna se mostraba gobernante de cualquier acto, no era algo que sus palabras reproducirían; la cubana no podía negarse a sí misma que no todo se derivaba al placer sino que también estaba navegando en un mar turbulento que desconocía en su totalidad por lo cuál el miedo abrupto de ahogarse llegó a sus costas cuando la realidad la abofeteó de la peor forma al deambular inconscientemente con su mirada el cuerpo pincelado con la palidez de la luna, atacado con leves tonos rojizos de pasión en su espalda y en su cuello como prueba de los secretos que compartían dos veces a la semana, para finalmente terminar de ser acompañado por un cabello rubio abrasador que probablemente era capaz de hacer suspirar hasta el mismísimo diablo.

La morena siguió con sigilo cada uno de los detalles que envolvían a la pálida chica mientras todo su ser se preguntaba si debía huir o solo disfrutar aquellos segundos donde la locura era lo único que daba vida a sus movimientos, no obstante, aquella pregunta quedó obsoleta al sentirse perdida entre la forma en que la rubia se movía en perfecta sincronía con los rayos del sol que comenzaban a iluminar su piel y la sonrisa que finalmente apareció en el rostro de la castaña.

Sus ojos colapsaron ante la intensidad de aquel verde y la sonrisa soberbia que la más alta no dudó en manifestar apenas vio a la castaña vistiendo solo su ropa interior.

Ninguna de las dos se atrevió a evocar palabra alguna entre aquellos pasos que ambas conocían de memoria, fuera de esas paredes eran simples desconocidas lo cuál era tan irónico como para hacerlas reír ya que no había ni una sola capa de secretismo entre sus miradas.

Pese a ello, ambas sabían que sus más grandes deseos solo podían ser expresados en esos dos días que compartían la habitación de un viejo motel en

*la Habana*, ninguna se sentía presionada ante esa idea o al menos de eso se habían convencido desde hace más de seis meses donde las noches se volvían eternas frente a los amaneceres que solo las volvía a distanciar.

Pero en las últimas semanas, aquel plan comenzó a carecer de sentido cuando Julia se encontró reiteradas veces alucinando con compartir más tiempo juntas, con tenerla en sus mañanas mientras ambas veían el amanecer con una taza de café.

En hacerla suya de una forma en donde se expresaba mucho más que una noche y una despedida en la mañana.

Ni siquiera estaba segura en qué minuto había comenzado a tener esos sueños irreales pero era consciente de que cada vez que se iba de aquel cuarto sentía la nostalgia que solo un cuerpo enamorado podía sentir y eso solo lograba llenarla de impotencia y rabia hacia sí misma ya que se sentía aprisionada frente ilusiones que simplemente eran imposibles.

—No deberías fumar a éstas horas de la mañana —comentó la más alta rompiendo el silencio que ambas habían adoptado.

La castaña solo rió sarcásticamente frente aquellas palabras, ya que se había acostumbrado al deleite auditivo que era escuchar el español poco fluido que ocupaba la ojiverde cada vez que hablaba y la seguridad con la cuál creía que ella seguiría sus consejos solo porque pertenecía al área de la salud.

—Y tú no deberías dormir hasta tan tarde —mencionó tirando lo poco que le quedaba de la colilla en el cenicero para conseguir con éste acto apagarlo por completo —. Un día de éstos comenzará a sospechar —dijo finalmente con una sonrisa arrogante al ver cómo el ceño de la chica se fruncía como todas las veces en que ella dominaba la situación recordándole que no era mejor persona que ella.

—Soy demasiado inteligente para que lo haga —respondió a la defensiva mientras terminaba de ponerse el vestido blanco con el cuál había aparecido ayer antes que el sol se ocultase.

La morena no tardó en ir instintivamente hacia la más alta ayudándole a subir el cierre mientras se colmaba del suave olor del perfume que la chica siempre utilizaba.

—Nunca lo olvides —sugirió con una sonrisa pícaro al encontrar a Julia disfrutando su aroma, un beso pasional unió ambos puentes quebrando cualquier tipo de distancia que existían entre sus cuerpos.

Tan solo duró un par de segundos pero fue capaz de derrumbar cualquier tipo de pared que la chica de ojos oscuros siempre sostenía para no dejar

entrar a nadie en su mundo interno mientras que la ojiverde solo se atrevió a sentirse satisfecha ante la sensación tan única que la morena provocaba en sus sentidos.

—Como tampoco debes olvidar que eres mía —le susurró dejando que sus ojos verdes encarcelaran en un par de segundos la mirada de la más baja.

Julia se sintió indignada ante esas palabras y no dudó en mostrar su rostro estoico frente a una de las verdades que llevaba ocultando de los ojos profundos de la mayor.

Hace mucho que había aceptado con pesar de que le pertenecía a la americana.

La morena intentó esquivar aquel golpe a su orgullo con su ceño fruncido y sus manos recorriendo el cuerpo delineado de la ojiverde, a cualquier otra persona que hubiese sido capaz de dar aquel comentario no hubiera dudado en reírse y humillarlo recordándole que nadie la dominaba, pero ante el miedo de mostrarse débil si pronunciaba alguna palabra; ella solo se atrevió a acercarse con fuerza a los labios de la chica bendecida con la palidez de la luna y con sus manos apretando los cabellos negros salvajes se atrevió a encender la pasión que siempre existió entre ambas.

—¿Nos vemos el lunes? —preguntó finalmente, encantada por cómo volvía a recuperar el control de aquella escena.

Sus ojos se perdieron ante la suave mirada seductora de la ojiverde quién solo se atrevió a reír.

—Tengo cosas que hacer —fue su respuesta mientras apartaba las manos que acariciaban sus cabellos y con movimientos llenos de delicadeza se dirigió hacia su abrigo para sacar los contados billetes que dejaba en la mesa de aquella habitación para que la castaña los ocupara a su antojo, al final del día todo se trataba de ofrecer un servicio y la satisfacción que rimaba con ésta.

O al menos eso era lo que querían jurar a voz alta cuando se encontraban suspirando por la otra, "*solo un negocio*" era la frase que ambas habían utilizado como respuesta cuando sus necesidades las llevaba a pensar en la otra en días que no habían pactado.

Como también aquella frase era la justificación que habían propuesto para todos los sentimientos que las hacía morir y renacer con cada encuentro.

La seguridad con la cuál la ojiverde dejó el dinero sobre la mesa hizo que el corazón de Julia simplemente se rompiera y que todos sus sentidos se pusieran en alerta máxima para no mostrar debilidad frente aquel acto por lo

cuál solo pudo quedarse en silencio ante aquellas palabras tan inesperadas.

—Quizás el miércoles estaría mejor o cuando yo te avise —le susurró al oído dejando a la castaña totalmente desprotegida ante las revoluciones que existían en todo su ser.

—Creo que no te ha quedado claro que aquí la única que juega en ese juego soy yo —mencionó con una valentía que realmente no esperaba.

El dolor que sintió ante la forma sumisa con la cuál había aceptado el control que le proporcionaba la más alta era simplemente impensable para su reputación por lo cuál con una ceja enarcada y su orgullo traspasando sus pensamientos no dudó en dejarle en claro que quién mandaba era ella.

—Ya lo veremos —fue lo único que apareció entre los labios de la ojiverde antes de que con sus manos recorrer el rostro perfilado de la chica de ojos oscuros—. Eres mi perdición —mencionó antes de besar la mejilla de la morena a sabiendas que aquellas simples palabras eran capaces de controlar a la cubana de una mejor forma que la subversión.

Porque si de algo estaba segura Emma es que Julia moría por ella de la misma forma en que ya no tenía noches en paz sin pensar en su cuerpo siendo sorprendido por los labios de la morena, no obstante, como en todo en la vida conocía a la perfección los límites de su relación y una nosotras era imposible hasta de pronunciar por lo cuál la sola idea de imaginarlo le ocasionaba arcadas de incertidumbre frente a sentimientos que no debían existir, pero tampoco podía ocultar por completo.

—Te llamaré —dijo rendida ante los cándidos ojos de la castaña y ambas sin saber si estaban en lo correcto o no, solo dejaron que un abrazo recalcase aquel sentimiento profundo que llevaba meses entre sus cuerpos solitarios y sedientos de amor real.

Julia asintió suspirando, notando cómo era una hoja de papel frente a los ojos verdes inhóspitos que no dejaban de ser una laguna de locura, incomprensión, ternura y a la vez de una dominancia que ella no había visto en nadie más como si éstos no supieran que significaba un no o ceder ante la voluntad de cualquier otra persona, pero para aquella morena esos ojos eran los más hermosos que había visto porque se decoraban de verdad y parecía que no podían ocultarle nada.

Por otra parte Emma simplemente había llegado a la deducción que aquellos ojos oscuros deslumbraban más que la misma noche y que si tuviese la oportunidad de morir debía ser siguiendo la danza que ambas miradas seguían entre las sábanas de un motel barato.



No obstante, aquellos segundos de admiración mutua se disiparon cuando la morena puso su mirada en aquel brillante maldito que decoraba la mano izquierda de la rubia demostrándole como todas las despedidas que tenían, qué a pesar de todo, ella no era tan suya como lo deseaba creer.

Un beso marchito y lleno de lujuria hizo que aquel sueño perfecto se desvaneciera con la misma rapidez con la cuál el cielo ya estaba siendo decorado por colores celestes y el sol resplandeciente.

La realidad se presentó ante sábanas descoloridas que habían sido testigo de noches en que la morena prefería olvidar mientras que un vaivén inesperado de nostalgia la azotó justo en esa zona olvidada de su corazón.

Su mirada recorrió con una seriedad oculta los ojos oscuros que le rendían tributos como la diosa que ella siempre había pensado que era mientras que aquellos labios no lograban construir ni un poco de esa llama aniquilante que había sentido durante tantos meses.

Cabellos rubios cenizos cortos opacaban al recuerdo de largas hebras doradas como el trigo y con el suspiro que fue capaz de apoderarse de sus emociones, Julia fue capaz de gritar en silencio todos los pensamientos que la abatían desde que ella simplemente se había ido de su vida sin darle algún tipo de motivo para su partida.

La morena recordó con resignación cómo lloró esa noche y su orgullo no fue capaz de detenerla frente a los ruegos de que la ojiverde se quedase pero finalmente solo fracasó.

—¿Nos volveremos a ver? —escuchó decir de parte de aquel hombre fornido que con una sonrisa triunfante se creía el dueño de sus sentimientos, pero solo era una mentira que ella había implementado para que no doliera tanto el recuerdo amargo de ella.

—Tal vez —afirmó con una sonrisa dominante cómo había utilizado desde que tenía razón en cualquier situación que se viera afectada por el control de sus emociones.

El hombre se acercó a ella para robarle un beso que no pudo fingir y solo dejó a la luz con amargura todas las dudas que penetraban su piel mientras por dentro solo se sentía asqueada por el hecho de que él tenía la suerte de compartir momentos íntimos como cualquier persona normal, podía tomarla de la mano, amarla, tener mañanas entre las sábanas de una habitación real y no en un motel con la despedida saliendo de sus labios.

Aquel rubio era más afortunado de lo que creía y aún así era capaz de desperdiciar noches con alguien como ella.

Ya que hace mucho que Julia simplemente había dejado atrás esa seguridad de saber cuánto valía y solo se resignaba a ese negocio, el cuál la aniquilaba de a poco con cada noche vacía y con su mente acuchillándola con el recuerdo a fuego lento de la rubia.

—Tengo que irme —dijo finalmente el chico de ojos oscuros mientras comenzaba a ponerse el pantalón negro que se encontraba en el suelo de la habitación.

Julia suspiró sin importarle ni un poco la conversación que éste llevó a cabo y solo se acercó a la chaqueta de traje que combinaba con el pantalón para recolectar los billetes que él le ofrecía como paga cada viernes y lunes por la noche cuando su trabajo en el consulado acababa.

Por un segundo solo pudo pensar en qué hacía la ojiverde en todo los días que llevaba sin tener noticias de ella.

Pensó en si se encontraría suspirando por su nombre en sus labios, si vería la luna recordando todos los momentos que habían creado entre las sombras de la Habana, sin embargo, no tardó en recordar con pesadez que con la gallardía y la disposición que ella siempre había mostrado, probablemente tampoco se quedaba esperando en la cama con la resignación que la destruía.

Y aquel pensamiento se mostró como su mayor maldición.

La idea de que pudiese preferir a otra persona antes que a ella simplemente la dejaba sin defensas contra el mundo, ya que a pesar de llevar varios meses sin siquiera dirigirse la palabra, la morena no podía dejar atrás la fantasía de que aquellos ojos verdes volvieran a arrebatarle el alma como la primera vez.

—Probablemente no tenga tantos días disponibles como hasta ahora —afirmó el rubio acomodando los puños de su chaqueta negra y Julia solo se atrevió a mirarlo pérfidamente sin darle algún tipo de importancia a sus excusas—. Mi esposa está embarazada —sus ojos se abrieron sorprendidos ante aquella noticia mientras todo su ser sintió cómo esas pocas palabras habían sido capaces de remover su mundo y destruirlo en tan solo un par de segundos.

Las lágrimas casi se hicieron efectivas en su mirada, pero como la buena actriz que era, éstas finalmente no aparecieron y solo rió sarcásticamente frente al hombre quién no tardó en fruncir el ceño ante ello.

—¿Cómo sabes qué es tuyo? —respondió ganándose el odio del mayor con solo una mirada, pero a ella poco y nada le importaba su reacción, al final de todo él era quién le había quitado la única luz en sus noches taciturnas —.

Por lo que me has contado no es una chica que carezca de inteligencia o éste cegada de amor por ti —concretó mientras disfrutaba la mirada indignada que él le ofrecía.

—Es cierto, ninguno de los dos nos amamos — repuntó autoritariamente —. Pero ella no sería capaz de traicionarme, ya que las mujeres prefieren algo seguro a una satisfacción momentánea — contestó con indulgencia —. Ustedes son tímidas en su mayoría y prefieren estar en un matrimonio con alguien a quién no aman a que el mundo se las coma por no haberlo hecho —sostuvo mientras la castaña solo mordía su labio en un intento de controlar la fuerza que sentía en su interior para golpearlo por atreverse a hablar así de la rubia —. Las mujeres no se arriesgan es por eso que el papel que les ha dado la sociedad es el correcto.

El rubio volvió a sonreír con una seguridad pura que solo hizo que Julia se sintiera asqueada y desviara su mirada hacia las manos tersas, insolentes y sin gracia del más alto hasta que con tristeza divisó el anillo de brillante que ocupaba en la mano izquierda recordándose que aquello era lo más cercano que estaba de ella.

Al parecer Emma siempre tuvo razón.

Y con resignación la cubana había aceptado que ella solo le pertenecía a la dueña de aquel anillo

## CAPÍTULO 2

---

### II

Sus dedos tamborilearon nerviosos sobre la copa de vino que mantenía entre sus manos.

Hacia aquel acto más por distracción que la real satisfacción que le estaba ofreciendo aquel líquido oscuro, aquello hizo que Emma suspirara por millonésima vez en los quince minutos que llevaba en aquel cuarto sin ningún tipo de gracia o elegancia que mereciese ser descrita.

Apenas existía un baño, una cama con sábanas que habían vivido años mejores y unas cortinas curtidas que danzaban entre la suave brisa del atardecer, pero aún así una sonrisa fue capaz de aparecer discretamente sobre sus labios al saber que a pesar de todo la podredumbre que rodeaba aquella habitación y el sector en sí que se encontraba, siempre iba a preferir los días donde la noche era testigo de sus más grandes secretos a su opulenta vida como esposa del cónsul de Estados Unidos.

Ni siquiera recordaba el momento en donde sus deseos más profundos sucumbieron ante su propia fuerza de voluntad, ni tampoco cómo después de varias noches donde se había sentido en el cielo finalmente había llegado su infierno en vida gracias a una mujer que no parecía de éste mundo y a quién culpaba y maldecía por sentimientos que iban más allá de su control.

Llevaba meses siendo hipnotizada por la forma en que aquella castaña con solo una mirada podía hacerla suspirar y dudar seriamente del rumbo que estaba tomando su vida y eso no había sucedido con nadie más.

Jamás había puesto en tela de juicio su destino, siempre había sido parte de aquel pequeño círculo social donde la posición era lo más importante, por

lo cuál casarse con alguien como Thomas, no le pareció extraño a sus jóvenes veinte años como tampoco lo fue el hecho de que después de graduarse de enfermería, él no le permitiese ejercer sino que más bien sus responsabilidades se limitaran al cuidado de la imagen que ambos daban al mundo y desempeñar un papel de esposa perfecta.

Para la rubia aquellos momentos eran algo que esperaba que sucediesen de una forma u otra, al final de todo era lo único que le habían enseñado durante toda su vida.

Era la única manera en la cuál debía comportarse una mujer como ella.

Sin embargo, todo había cambiado cuando Thomas se había vuelto cónsul y su viaje a la vieja isla era inevitable, a pesar de todas sus insistencias por mantener su ostentosa vida en la capital; el cónsul simplemente había ignorado los comentarios de su esposa y Cuba terminó convirtiéndose en su nuevo hogar y también la razón por la cuál sus murallas se habían derribado como si se tratase de fichas de dominó.

El culpable de aquello no había sido solo el paisaje paradisíaco ni menos sentir como el aire siempre estaba perfumado de tabaco y café, ni menos había sido la amabilidad con la cuál las personas solían tratar en aquel punto del mundo, el responsable de toda esa confusión había sido aquel deseo poco apropiado que se había encargado de ocultar desde que tenía memoria en donde las mujeres le parecían más interesantes que los hombres.

Siempre había sido capaz de dominar aquella particularidad, ya que no era correcto poner en duda el orden natural de las cosas, pero Cuba le había ofrecido la oportunidad de explorar su verdadero yo y terminó comprendiendo que su vida era una eterna mentira.

Tampoco había sido tan tonta como para creer que Thomas la amaba, sabía a la perfección que ella era una candidata perfecta a ser esposa de alguien como él por lo cuál tampoco se aferraba a la idea de que él le fuese fiel.

Aquel pensamiento fue el que desató un lado suyo que no esperaba encontrar en un lugar tan recóndito del mundo pero ahí estaba, cobrándole con creces todas sus decisiones.

Si había algo que la ojiverde odiase con toda su alma era el hecho de que las personas llegaran tarde a sus citas, ella tenía un estricto control con el tiempo y en lo posible intentaba llegar al menos diez minutos antes de lo acordado y esperar pacientemente que el resto llegase a la hora indicada, no obstante, con aquella morena esa regla se rompía y aunque fichaban una hora perfecta de encuentro; ambas se habían encontrado con sus deseos y muchas

veces esas horas no dirigían su voluntad y aparecían mucho antes de lo acordado dejando que ese lado cómplice que habían creado durante los últimos meses se mostrase a flor de piel.

Ninguna de las dos se había sentido de esa forma con nadie y a pesar de que habían hecho un intento por dejarlo como solo un negocio, ambas sabían que aquellos suspiros robados y esos besos húmedos no llegaban por sacrificio de alguna de las dos partes ni menos creían que fuese fingido el dulce y potente sabor que era tener el nombre de la otra en sus labios y expresarlo a través del mayor clímax en sus noches juntas.

Pero aún así esos eran detalles que ninguna iba a ser capaz de aceptar frente a la otra porque el orgullo era algo que en ambas se presentaba con creces y jamás lo dejarían atrás.

Los minutos seguían dando vueltas entre las manecillas del reloj mientras la calma de la rubia se reducía frente a cada segundo que pasaba dejando que la copa que sostenía entre sus manos fuera quién recibiese todos sus miedos y sus inseguridades.

Ella sabía que la última vez que habían estado juntas no había sido la mejor como también era consciente de que Julia no tenía ninguna responsabilidad con llegar al lugar indicado, ya que le había dejado en claro que ya no era solo un negocio como ambas habían intentado convencerse durante tanto tiempo.

Ni siquiera estaba segura que la chica de ojos oscuros realmente aparecería aquella tarde, pero lo anhelaba más que nada porque no podía vivir sin sentirla cerca y no solo de una manera meramente pasional sino que se había acostumbrado, más de lo que podía aceptar, a la dulce y apasionante voz de la joven.

Aunque le costase aceptar, Emma se había vuelto adicta a esa mirada llena de lujuria y que se pintaba de inocencia como también de algo que jamás había visto en sus décadas de vida que a pesar de que no quería darle el nombre de amor, en los últimos días después de la confesión de la castaña; sabía que era la única palabra con la cuál podía describirse ya que era exactamente lo que ella sentía.

Había enloquecido una y otra vez intentando quitar los sentimientos que rondaban en su cabeza, había hecho un pacto consigo misma para no mostrarse débil frente a la cubana, porque tenía una reputación que mantener, una vida que no dejaría por una simple chica, pero todas esas ideas habían quedado obsoletas frente al recuerdo constante que tenía con ella.

Con Julia había aprendido lo que era sentirse viva, lo que era llorar de la risa como también sonreír a pesar de que estuvieses rota por dentro. Con aquella chica había creado sueños que jamás hubiesen sido pintados sin su presencia, había aprendido a lo importante y valioso que era una mirada, una sonrisa, una simple caricia o solo quedarse en silencio escuchando lo que tenía que decir y ofrecer para esa noche.

Esa mujer le había desnudado el alma y se había atrevido a tatuarla a través de sus acciones para que solo le perteneciese a ella, aunque aquello sonase imposible.

Emma no tardó en sentir cómo la desesperación la carcomía y con toda la impotencia que sentía en toda su piel simplemente tiró a la pared la copa de vino mientras gritaba a todos los cielos la injusticia que se estaba cometiendo con ella al permitirle un amor imposible.

Las lágrimas no tardaron en aparecer en sus mejillas mientras la Habana era tendida con la suave capa de oscuridad que la noche siempre traía para arropar a todas las personas que vivían en la isla.

Las estrellas de a poco comenzaban a resplandecer una a una entre cada maldición y lágrima de la rubia hasta que un par de pasos hacia la habitación hicieron que su corazón volviese a latir llenándose de esperanza de que fuese la morena.

La mayor no tardó en quitar los rastros de su debilidad y se preparó ante el encuentro premeditado, pero pese a su esfuerzo por mostrarse fría con la imagen que rodeó su atención cuando una chica un par de centímetros más pequeña que ella, con el cabello castaño amarrado en un moño improvisado y con una falda azul con una blusa blanca a juego, simplemente fue inevitable para ella abrazar el pequeño cuerpo decorado por la perfección del sol.

Fue un abrazo inesperado para ambas y ante el dolor que causaba el conocimiento de lo que aquello podía significar, quisieron romperlo de cualquier forma después de un par de segundos, pero aquel quiebre no se hizo posible.

Se quedaron en silencio durante un par de minutos, dejaron que sus suspiros se mezclaran con más lágrimas de resignación, ninguna de las dos tenía esperanza de que existiese otro encuentro y si aquello derivaba al hecho de mostrar sus sentimientos y sus fronteras, poco y nada les había importado después de aquel colapso de sus sentidos cuando cuerpos carentes de amor eran capaces de crear magia danzante entre las estrellas de la Habana.

—Has tardado —susurró la ojiverde mientras sus ojos se perdían en el

remordimiento de la castaña.

Julia suspiró asintiendo antes de ocultar su rostro en el hombro de Emma creyendo que esa era la única forma de sentirse protegida, la rubia no dijo nada más ante ello y entendió que no servían los regaños en aquel momento y que solo podía agradecer el hecho de que la menor apareciese a pesar de todo lo que había sucedido hace un par de días.

—Te extrañaba —susurró nerviosa sin saber qué decir en aquel momento por lo cuál la chica de ojos oscuros alzó la vista ilusionada y con una sonrisa cargada de ternura solo fue capaz de robarle un beso de los labios marchitos de la mayor.

¿Quién hubiera imaginado que no existía mayor placer que sentir el roce de labios congruentes a los tuyos?.

Probablemente ninguna de las dos antes de conocerse.

Ninguna conocía la palabra amor y durante toda su vida tampoco les había importado encontrarla o darle un significado, no obstante, en aquel momento se encontraban en medio de una habitación rentada sintiendo que sus corazones iban a salir de sus pechos y que con pasos a seguir que ni ellas mismas comprendían solo necesitaron de un par de minutos para encontrarse desnudas en una cama sin sentir la necesidad precisa de llevar a cabo un negocio.

Emma observó con su mirada centellante el cuerpo esculpido de Julia, reconociendo cada uno de sus lunares, hasta aquellos que el sol no había tocado.

No existía ningún tipo de lujuria debajo de su mirada inocente sino que más bien había la necesidad de pintar aquel lienzo en blanco que le ofrecía la castaña, llenarlo de besos, pintarlo de palabras de amor que ni ella creía posibles y darle pequeños tonos de alegría como último recuerdo.

Mientras tanto la cubana solo podía pensar en cómo dolía haber caído bajo las redes de la rubia, sus ojos no podían dejar de evocar la belleza que había sido heredada por la luna mientras que sus manos intentaban recrear cada camino que había utilizado durante las últimas semanas, ya que dentro de ella sabía a la perfección que el reconocimiento de su andar era lo único que le iba a ofrecer algún tipo de refugio cuando todo se hubiese acabado.

El amanecer era su mayor maldición y deseaba con todo su corazón que las estrellas le regalasen la eternidad en aquella cama de ese viejo motel.

Pero los deseos no se cumplían en personas como ellas y el nuevo día llegó con la tristeza trazada en sus miradas, dejando que una despedida se volviese la razón de sus próximas pesadillas y un beso maldito se convirtiese



en el único recuerdo que invadiera su mente durante los próximos meses.

Dejar la Habana no había sido lo más difícil que había hecho en su vida, lo había sido dejar atrás la certeza que había nacido para amar a la castaña.

Aquella mañana el sol no se presentó como si supiese la razón de la tristeza de la rubia, las gotas de lluvia se expandieron desde sus párpados hasta el cielo donde se mostraban perennes en el vidrio del auto con el cuál estaba llegando al capítulo final de la mejor historia que se había escrito sobre su vida.

Sus manos ilegales temblaron ante el suave cariño que le ofreció al vientre que de a poco se hacía posible, una sonrisa se posó en sus labios ante el recuerdo impregnado que tenía de cuando sus manos fuesen capaz de desnudar el alma de alguien más y que ahora solo tendría que resignarse con la distancia y que el tiempo le ofreciese el olvido.

La lluvia se cargaba de promesas que jamás habían sido expresadas de parte de los labios de la ojiverde y mientras el chófer seguía el rumbo predeterminado hacia el aeropuerto, Emma solo podía pensar en cómo su corazón se destruía frente a cada árbol que le mostraba el ocaso de su vida, la única verdad en su mundo de mentiras ya no existía más en su porvenir y tenía que aprender a aceptarlo.

El tiempo se volvía eterno mientras sentía con pesar el dolor de su cobardía porque así era la única forma en que podía definir lo que estaba haciendo.

No amaba a Thomas, ya no era la esposa perfecta pero tampoco era capaz de escapar de aquel papel que había sido dibujado desde antes que naciera.

Tenía todo lo que le habían enseñado a añorar, no obstante, se sentía tan vacía como si jamás hubiera conseguido nada en su vida.

—¿Puedo pedirte un favor, Juan? —preguntó finalmente al moreno que se encontraba con su uniforme dirigiéndola al aeropuerto.

El joven la miró por unos segundos ante el semáforo en rojo y no entendió la razón de aquellas palabras pero no dudó en asentir frente a ello.

—Podrías dejar ésta carta a la dirección que te dejaré —dijo en un intento de no llorar por lo que estaba diciendo.

El chico de ojos plomos frunció el ceño ante aquella petición, pero la ojiverde no tardó en sacar un par de billetes como pago de aquel favor, no le interesaba gastar una fortuna si eso le daba el respaldo de que Julia sabría de ella y su última despedida.

—Por favor —pidió con su voz más sugerente y destruida.

Emma volvió a posar sus manos sobre su vientre antes de cerrar sus párpados con fuerza quitando las lágrimas que estaban a punto de convertirse en ríos.

—Claro, Señora —fue lo único que se dijeron y la razón por la cuál la rubia sonrió sin remedio en todo el recorrido hacia su nueva vida.

La Habana se estaba vistiendo de gala entre sus atardeceres enriquecedores de colores y de olores donde el son que cubría a toda la isla se imponía, a pesar de que la revolución era la única noticia que se pregonaba por las calles, como siempre había sido las malas noticias se escuchaban y se guardaban porque el calor de la capital y ese gesto amable que siempre se mostraba en sus habitantes aún estaba presente.

Julia suspiró mientras caminaba con las compras del mercado, el hostel donde residía desde hace casi dos años era una caja de fósforos que apenas le ofrecía una cama donde dormir y una ducha central que solía utilizar a tempranas horas de la mañana y en su ocaso a altas horas de la noche para encontrarse siempre sola ahí sin interrupciones.

La castaña quitó el sudor que decoraba su frente mientras su mente divagaba en las olas que el muelle presentaba aquella tarde, habían sido tantas las madrugadas en donde el silencio se había apoderado de ambas y el mar era el único testigo de aquellos momentos del sonido perpetuo de sus corazones y pensamientos.

Habían pasado casi seis meses desde la última vez que se habían visto pero el dolor de su corazón aún no buscaba cómo sanarse, por lo cuál solo mordió su labio lleno de impotencia y se llenó de fuerzas para llegar a la entrada del hostel donde un par de niños se encontraban jugando a las escondidas y con la sonrisa cómplice de quién no quería ser encontrado miraron a la morena quién solo les guiñó con confianza.

Ella siempre había sido incompatible a la idea de que las mujeres estaban hechas para formar familias, ni siquiera ella conocía a la suya por lo cuál no esperaba seguir aquellos mandamientos que la sociedad había incorporado a su rutina. No se imaginaba con nadie despertando a su lado ni menos podía llegar a imaginar criar hijos por lo cuál se había resignado a su andar solitario hasta el fin de los tiempos.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando una morena más baja que ella con una falda amarilla larga y una blusa azul la esperaba con el ceño fruncido, sus facciones que rondaban los cincuenta años y su poco carisma.

Julia solo rodó los ojos ante la imagen de la dueña del hostel que

puntualmente todos los primeros de cada mes le reclamaba por la renta y los "*costos extras*" que siempre le hacía pagar aunque ella no entendiese de donde nacían.

—Ya le he pagado a Alejo —respondió antes de que la señora recordeta le dirigiese la palabra—. No tiene porqué reclamarme —afirmó mientras sostenía las bolsas del mercado y comenzaba a subir la escalera.

—Te ha llegado una sobre, niña —dijo con ese tono serio que siempre se encontraba en su semblante como si solo esperase el momento perfecto para discutir, la castaña frunció el ceño ante eso mientras dejaba las bolsas en el piso y se acercaba a la mujer para ver la carta—. Al parecer tienes conocidos importantes.

Ella no pudo entender la razón de esas palabras hasta que vio el sello del consulado y su corazón se paralizó sin comprender que estaba sucediendo, pero aún así no mostró ningún tipo de señal de extrañeza y solo asintió tomando la carta con rapidez, la misma que fue heredada por sus pies para llevarla a su habitación en menos de dos minutos.

Dejó las bolsas con comida sobre la única mesa que existía en el lugar y con sus manos temblorosas abrió rápidamente el sobre café que pérfidamente no la dejaba crear teorías sobre qué se trataba hasta que con sus ojos llorosos se encontró con un par de hojas escritas a manos de parte de la rubia, algo de dinero y un pasaporte.

Sin poder creer que era real el sobre que estaba entre sus manos estuvo un par de segundos creyendo que aquello no era obra de su imaginación y estaba entre ella.

Abrió delicadamente la primera hoja del pasaporte y pudo encontrar su nombre y la aprobación para poder viajar mientras que el dinero simplemente lo dejó a un lado sin darle demasiada relevancia, pero lo que realmente fue el quiebre de su cordura fueran las hojas que la ojiverde había utilizado para plasmar sus palabras.

Le tomó varios minutos lograr leer las dos hojas que se pintaban de un par de lágrimas de su parte y suspiros que no esperaba que apareciesen en aquel momento, todo su cuerpo temblaba ante la explosión de emociones que le trajo aquella carta.

Habían pasado seis meses desde que sus caminos se habían distanciado, dos desde que se había enterado de que ella estaba embarazada y la misma cantidad de tiempo desde que había dejado de ofrecer sus servicios.

No tenía la más mínima idea de qué rumbo iba a tomar su vida, pero lo que

si sabía es que ya no deseaba vivir atrapada ante noches solitarias y sin sentido alguno desde que Emma se había ido por lo cuál aquella carta solo volvió a abrir esa herida que pensaba que se estaba cerrando.

*Si hablamos de amor, ambas seríamos las mayores inexpertas en el tema.*

*Pero a pesar de ello dentro de mí solo sé que no hay noche en donde no llegues a través de mis sueños a darme el consuelo que necesito para seguir adelante.*

*Aquella última noche retumba en mi cabeza y en mis días más oscuros solo evoco tus susurros para poder dormir en paz, eres la perfecta mezcla entre locura e incomprensión por lo cuál nunca tuve que dudar de tu poder para enamorar a cualquiera.*

*Porque resultó conmigo, pero lastimosamente también saliste perdiendo en el camino, es por esto que ésta es mi forma de revertir todo el mal que pude ocasionarte.*

*La situación en Cuba es una inestabilidad perpetua, Thomas ya se ha ido a Miami y yo solo he esperado que tus papeles estuviesen en orden para poder marcharme también.*

*Cuánto me encantaría correr contra la marea y quedarme contigo sin importar cuál fuese nuestro destino final, pero dado el hecho de que aquellos son solo sueños sin sentidos prefiero utilizar el poder que tengo para ofrecerte una nueva vida, en éste sobre cómo ya te habrás dado cuenta hay suficiente dinero para que puedas solventarte durante quizás unos ocho meses más pero aún más importante que el dinero es el pasaporte al día que te ofrezco.*

*Puedes irte como tantas veces me comentaste y ser feliz como tantas veces te negaste o me ocultaste que querías ser; una vida conmigo no es posible, pero si puedo ofrecerte una vida feliz entonces me sentiré totalmente complacida.*

*La decisión está en tus manos y si decides irte mi dirección y mi número está al final de esta carta, no te obligaré a buscarme si no lo deseas, pero yo seguiré deseando que aparezcas en mi puerta y vuelvas a deslumbrarme como la primera vez.*

*Eres el recuerdo más amargamente dulce de mi vida y es por eso que solo me queda decirte las palabras que no pude evocar aquella noche.*

*Soy totalmente tuya para siempre.*

*Te ama, Emma.*